

SOBRE LA CAZA¹

I. EL PROBLEMA DE LA DIVERSIÓN

*L*UCUS *a non lucendo*... Ha querido el conde de Yebes que escriba un prólogo a su libro de caza, yo que soy tan incruento y apenas cazador. La razón de su deseo no me es clara porque, ciertamente, existe entre nosotros amistad grande y antigua; pero no se ve por qué una cálida amistad necesita florecer en prólogos. No es tampoco razón suficiente para ponerme en este trance el hecho de que hayamos hablado con frecuencia de caza y sorprenderle que yo, ajeno al ejercicio venatorio, fuese, no obstante, empedernido lector de libros que le atañen.

Más vale, pues, que renuncie a justificar esta presencia de mi prosa al frente de un tratado de montería y declare, sin más, que tomo la pluma con placer. Dando corcovos como un corzo, el tema de la caza había sesgado muchas veces mi horizonte de escritor, y aprovecho ahora la injustificada coyuntura para disparar sobre él

1. Prólogo a *Veinte años de caza mayor*, por el conde de Yebes, Espasa-Calpe, Madrid, 1943.

a tenazón. La ocasión es inmejorable, porque el libro de Eduardo Yebes presenta con rara pureza e intensidad esa extraña ocupación de los hombres que es la caza deportiva. Observe el lector el entusiasmo, el fervor casi místico con que habla el autor de cuanto a la caza se refiere: campo, can, fusil o res. Los que le conocemos percibimos aún más ese entusiasmo, ese fervor, porque nos consta que no son mero vocabulario, sino que en ellos arde un cuarto de siglo de fatigas por vegas y serranías, de sacrificios y peligros nada desdeñables, de disciplina y riguroso entrenamiento.

El conde de Yebes, no obstante su condado, es un hombre sumamente laborioso que ejerce la profesión de arquitecto. Es, además, por forzosidad familiar, hombre de mundo que asiste con frecuencia a fiestas de la sociedad elegante, donde indefectiblemente se duerme. Pero lo más característico en el conde de Yebes es que de vez en cuando desaparece súbitamente de la ciudad, como si se volatilizase. Nadie sabe dónde está, porque está donde no está nadie: en el más perdido risco del perdido Gredos, en el fondo de un coto, allá por Sierra Morena, en el oscuro seno de un bosque toledano. Yebes se ha ido de caza y no de cualquier manera, sino casi siempre a cacerías larga y minuciosamente premeditadas. Y no solo a tierras de que él o los suyos son propietarios, o a cotos ilustres donde le invitan, sino también a la tierra de nadie, campo a traviesa, e incluso a la tierra prohibida en plan de cazador furtivo.

He ahí, sin más, el tema sobre que reflexionan las páginas siguientes. Se trata de aclararnos un poco eso que con tanta escrupulosidad, constancia, dedicación hace el conde de Yebes y que se llama «cazar». ¿Qué género de ocupación es esa? Nuestro tiempo —que es un tiempo bastante estúpido— no considera la caza como un asunto serio. Cree haber dicho lo suficiente sobre ella llamán-

dola diversión y dando —¡claro está!— por supuesto que la diversión, a fuer de tal, no es un asunto serio. Aunque el más sobrio examen debiera hacernos caer en la cuenta de lo desazonador y sorprendente que es el hecho de existir en el universo una criatura —el hombre— a quien es menester divertirse. Porque di-vertirse es apartarse provisionalmente de lo que solíamos ser, cambiar durante algún tiempo nuestra personalidad efectiva por otra en apariencia arbitraria, intentar evadirnos un momento de nuestro mundo a otros que no son el nuestro.

¿No es esto extraño? ¿*De qué* necesita el hombre divertirse? ¿*Con qué* logra divertirse? No es cosa de dejarse ahora enredar en los lazos de gaucho que son esos sugestivos signos de interrogación, y solo quería de pasada hacer constar que el problema de la diversión nos lleva más directamente al fondo de la condición humana que esos otros grandes temas melodramáticos con que nos abruman en sus discursos políticos los demagogos.

Pero ahora me interesa subrayar en lo que hace el conde de Yebes, en ese su «cazar», el rasgo contrario a lo que acostumbra a entenderse por diversión. Suelen de esta contemplarse solo las manifestaciones cómodas, hasta el punto de que, usada sin cautela, la palabra connota formas de vida exentas por completo de penalidades, que no suponen riesgo, que no reclaman grandes esfuerzos físicos ni continuidad de atención. Mas la ocupación de la caza, según la ha ejercitado el conde de Yebes, implica precisamente todo eso. No se trata de que tantas o cuantas veces en su vida le haya acontecido irse por los campos con el rifle o la escopeta al hombro, sino que el conde de Yebes ha dedicado una parte de su existencia —no importa cuánta— a la caza. Esto es ya cosa más grave. La diversión pierde así su carácter pasivo, que es su lado frívolo y se convierte

en suma actividad. Pues lo más activo que un hombre puede hacer es no hacer simplemente algo, sino *dedicarse* a hacerlo. Los demás seres vivientes viven, sin más. Al hombre, en cambio, no le es dado dejarse, sin más, vivir; antes bien, puede y tiene que *dedicarse* a vivir; es decir, entregar deliberadamente y bajo su intransferible responsabilidad su vida, o partes de ella, a determinadas ocupaciones. La dedicación es el privilegio y el tormento de nuestra especie. Y acontece que no solo el conde de Yebes, sino muchos otros hombres de nuestro tiempo se han dedicado al deporte de la caza. Más aún: que a lo largo de la historia universal, en todos los tiempos de que hay memoria, desde Sumeria y Acadia, y Asiria, y el primer Imperio de Egipto, hasta la hora incompleta que ahora transcurre ha habido siempre hombres, muchos hombres, de las más varias condiciones sociales, que se dedicaron a cazar por gusto, albedrío o afición. Visto en esta que es su auténtica perspectiva, el tema de la caza se perhinche hasta adquirir enorme tamaño. Por eso, con la conciencia de que es asunto más peliagudo de lo que al pronto puede parecer, me preguntaba yo antes: ¿qué diablo de ocupación es esta de la caza?